

LOS NIÑOS SUPERLISTOS



Por
FERNANDO PARIENTE

Retrato en positivo

Retrato en negativo

Cómo ayudarles en la escuela y en casa

TODOS los padres abrigamos, en el más recóndito rincón de nuestro orgullo paterno, la secreta esperanza de que nuestros hijos, «salga un listillo». No es necesario que sea precisamente un superdotado, ni mucho menos un niño prodigio, pero sí anhelamos que sean brillantes, que se le pueda a uno «caer la baba» bien a gusto contemplando sus éxitos escolares primero, y, en el futuro, los económicos y los sociales.

Yo estoy seguro de que comparto, por lo menos, con la mitad de la humanidad, un acecho perseverante de mis criaturas, a la búsqueda de indicios y señales que puedan servir de pábulo a esa ilusión, que sólo es secreta por falta de decisión de confesarla. Cuando uno tiene hijos en la edad en que todavía se está desperzando el cerebro y las expectativas abren un amplio horizonte a las ilusiones, se sorprende a menudo embobado en la rapidez con la que los «angelitos» rompen a leer o las ocurrencias tan agudas que tienen; y uno rápidamente saca la escala de comparar y se reconforta en la certeza de que el niño ha sido capaz de realizar aquéllo antes que los demás, e incluso antes de la edad que doctos sicólogos han establecido como reglamentaria para alcanzarlo.

Quizá exagero y eso no les ocurra a todos; quizá es sólo efecto de una deformación profesional personal e intransferible... Pero creo que, en definitiva, al que más y al que menos, a todos nos gustaría que nuestros hijos fuesen inteligentes..., muy inteligentes..., por lo menos más inteligentes de lo normal.

Pero, ¿ser inteligentes significa para el niño que han desaparecido ya todos los obstáculos de su camino? ¿Es realmente el talento un carnet de garantía que asegura el éxito? ¿Detrás del convencimiento de contar con un pequeño genio en casa, llega para los padres la tranquilidad y la seguridad?

La madre de Thomas Alva Edison recibió un día un aviso de la escuela pública que frecuentaba el niño para que fuera a entrevistarse con su profesor. Tom, en la clase se desenvolvía mal; parecía un niño lento y su rendimiento era tan bajo que corría el peligro de quedar descolgado en sus estudios. Desde aquel momento su madre se vio obligada a compensar las deficiencias de Tom en la trastienda del establecimiento comercial que sustentaba a la familia. Supongo que, por aquel entonces, nadie se había dado cuenta todavía de la realidad, pero Tom era un niño superdotado y muy pronto llegó a ser uno de los científicos más imaginativos y el inventor más importante de su época.

Tampoco Albert Einstein dio la talla en sus años escolares. A los quince años tuvo que abandonar el colegio por sus pésimas calificaciones. Tenía destellos de buena inteligencia, pero era tan lento que uno de sus profesores, en uno de esos alardes de previsión del futuro, que algunos debíamos de vez en cuando de tragarnos, le aseguró, al abandonar el colegio, que no haría nada en la vida. Desde luego, su paso siguiente tampoco fue muy esperanzador: le suspendieron en su intento de ingreso en la Escuela Politécnica de Zurich.

La oficina de Niños Superdotados (hay países que pueden permitirse el lujo de tener de todo) envió recientemente un informe al Congreso de los Estados Unidos informando que el 15 % de los niños que son considerados como superdotados no son, sin embargo, capaces de terminar sus estudios de bachillerato.

Sería fácil seguir acumulando ejemplos, pero en realidad no se necesitan cuando el quehacer de cada día nos va suministrando casos y más casos: el talento no es garantía del éxito... por lo menos no lo es del éxito escolar. La inteligencia es a veces flor que languidece y acaba por marchitarse en medio del fracaso y la frustración.

Retrato en positivo

MUCHOS sicólogos consideran que la principal característica de un niño superdotado es que llega más rápidamente que los otros a alcanzar unas conclusiones que también los demás, pero con más tiempo, son capaces de alcanzar, o que es capaz de acceder antes que los otros niños de la misma edad al dominio de determinadas operaciones mentales que con el tiempo los demás también alcanzarán. Todo parece ser, pues, cuestión de rapidez y tiempo, más que de diferencias cualitativas. Se considera, por ejemplo, que un niño es especialmente inteligente si consigue comprender la operación de la suma y manejar su técnica antes que los demás de su clase, que están siendo sometidos al mismo método de aprendizaje. Lo único que ha ocurrido es que este niño ha aprendido antes, porque lo normal es que el resto de la clase también aprenda a sumar.

Sin embargo, alrededor de esta característica principal se fijan otras que son consecuencia de ella y que conforman un retrato especial del niño superdotado. Por ejemplo: la rapidez produce el éxito y el éxito es gratificante. Acabar las cosas que manda hacer el «profe» antes que nadie y además hacerlas bien, produce siempre su reacción aprobatoria, y, en consecuencia, un regustillo de orgu-

llo en el niño. Después, el éxito obtenido motiva y estimula para alcanzar nuevos éxitos y por eso el niño inteligente tiene, en principio, más motivos para sentirse a gusto en la actividad escolar y para que le gusten más las cosas del «cole».

El hacer bien las cosas al principio tiene, además, un efecto de bola de nieve. Los objetivos iniciales bien asimilados capacitan para obtener los siguientes con mayor facilidad y autoafirman al niño en su capacidad, ofreciéndole todavía mayores ventajas sobre los que van quedando algo retrasados.

También los niños listos se concentran más fácilmente sobre las tareas que emprenden, gozan de una mayor capacidad para fijar su atención y se dispersan mucho menos. A la hora de sentarse en el pupitre de una clase esto resulta también una ventaja innegable.

Retrato en negativo

PERO no por poseer esas ventajas cualquier niño listo tiene asegurado su éxito escolar o su éxito en la vida. Hay otras cualidades y habilidades que estos niños poseen y que, muchas veces, a la hora de la verdad, se vuelven en contra de ellos y se convierten en obstáculos e inconvenientes, generalmente por culpa de la estructura escolar.

Un niño listo es, por naturaleza, analítico y crítico. Frente a la materia de la clase, frente al método, frente al «profe», el listo se convierte, con frecuencia, en impertinente. Todo lo sabe, todo lo juzga, para cada cosa tiene un «pero»... Y lo malo del caso es que, con frecuencia, hasta tiene razón, para fastidiar un poco más las cosas. Saber analizar y criticar es una buena cualidad que, en teoría, todo educador defiente; pero las circunstancias de cada día demuestran también que todos estamos muy a gusto esperando que el sentido crítico de nuestros alumnos se afile tomando como blanco otros panoramas distintos de los de nuestras clases y su entorno. Digerimos mal la crítica y miramos con recelo a quien es más hábil para descubrir nuestros puntos flacos.

Y lo peor de la situación es que no sólo somos los «profes» los que tenemos malas tragaderas para estas cosas, también el resto de la pandilla escolar le ocurre lo mismo y, si no tiene cierto cuidado, el listo puede acabar convirtiéndose en un fastidio y una lata para todos.

Además, y por ser inteligentes, los niños listos suelen ser ocurrentes, fáciles para la invención, expresivos. Todo esto es estupendo para aprender, pero la clase suele ser estre-

cha, normativa, escasa de recursos didácticos, llena de silencios, de libros de texto aburridos y de atención forzada sobre el profesor. En vez de potenciar estas cualidades la estructura escolar las amortigua, porque, para funcionar adecuadamente con la mezquindad de recursos de los que puede disponer, necesita uniformar a los alumnos, evitar las peculiaridades personales. Las clases se parecen a las latas de sardinas en que para llenarlas es mucho mejor que todos los animalitos sean iguales. No hay un cartel a la puerta que rece: «Se prohíbe ser distinto», pero el efecto es el mismo; yo no sé si es culpa de la estructura, al menos eso nos sirve de disculpa, pero el caso es que actuamos como apisonadoras encargadas de laminar todo lo que se salga del marco de la homogeneidad del grupo. Así que los niños que sobresalen, por cualquier circunstancia, de la talla media tienen obligatoriamente que agacharse, si quieren conservar la cabeza sobre los hombros. Lo peor es que no todos saben agacharse a tiempo y muchos talentos «caen» sin pena ni gloria, tristemente inmolados por la escuela y por la clase, sin que, por desgracia, exista ninguna lápida en la entrada del colegio que nos recuerde su memoria.

Hay también otras cualidades del niño inteligente que entran en colisión frontal con los sistemas didácticos que rigen por nuestros pagos.

La inteligencia obliga a ser curioso, a tirar del hilo de las cosas y seguirlo con pasión hasta el final. Nuestros programas, por el contrario, están llenos de fragmentaciones, de secuencias parciales, de «hasta aquí este año, el resto el curso que viene», y los horarios son todavía peor: cada cosa en su momento y un momento para cada cosa es el principio fundamental que informa toda la distribución del tiempo. Esto es muy rentable ciertamente y además es imprescindible para conseguir la planificación necesaria, pero no cabe duda de que es un sistema que no favorece, ni mucho menos provoca, el desarrollo de la curiosidad; ocurre más bien lo contrario, el marco constreñido de tiempo corta e interrumpe abruptamente el interés inquisitivo que cualquier tema haya podido provocar. No es raro que el niño se sienta frustrado de verdad y diga «ahora no me da la gana de empezar con otra cosa, para que me vuelva a ocurrir lo mismos.»

Varias veces he tenido la sensación en mi vida profesional de enfrentarme con alumnos superdotados; con algunos he mantenido una relación más personal por haber sido su tutor, y frecuentemente me he sorprendido de que la inteligencia vaya a menudo unida a una insatisfacción personal bastante acusada.

El deseo de ser queridos y estimados por los demás es un deseo fundamental que puede convertirse en angustioso durante el período de la adolescencia. El talento, sin embargo, despierta más envidias que cariños. No puede uno permitirse el ser lúcido a la hora de ver a los demás y de juzgarlos, porque los demás, lógicamente, se defienden. No cabe duda de que solamente una extraordinaria simpatía personal puede convertir en popular a la inteligencia. Por eso lo más frecuente es que los líderes naturales de los grupos no sean precisamente los más inteligentes. Esta impopularidad del talento lleva a muchos niños a preferir ocultar su inteligencia en un intento de pasar inadvertidos ante sus compañeros, pero este esfuerzo resulta casi siempre infructuoso, porque es en la relación diaria donde el niño inteligente se crea la mayor parte de los obstáculos.

Cómo ayudarles en la escuela y en casa

TODAS las dificultades que la escuela tradicional ofrece para la formación adecuada de los niños especialmente inteligentes ha llevado, en algunos países, como Francia o Estados Unidos, al nacimiento de experiencias con programas dedicados exclusivamente para niños especialmente dotados. La iniciativa puede ser discutible, pero hay pedagogos que la defienden con ardor. «La gente me pregunta con frecuencia por qué se necesitan programas especiales para esta clase de niños. Yo contesto que debe haberlos para que puedan hacer realidad su derecho al máximo desarrollo de sus capacidades». (Dr. D. Sisk, University of South Florida).

Desde luego, no es la experiencia educativa que yo soñaría con poder realizar, pero tampoco dudo de que de ella no se pueden sacar conclusiones muy interesantes, no sólo para la educación de estos niños con capacidad especial, sino también para la educación de todos los demás.

Sin embargo, sí creo que en este aspecto es fundamental el papel que la familia puede desarrollar. En un ambiente mucho menos mediatizado que el escolar, el niño con talento tiene que encontrar un eco adecuado que estimule su creatividad, su iniciativa, su curiosidad, su capacidad de análisis y todas las cualidades personales que la escuela coharta más que desarrolla. Si sus padres logran crear en torno a él un entorno estimulante, en el que el niño pueda descubrir y observar los diferentes aspectos de la vida, creo que habrán conseguido hacer por su inteligencia bastante más que nuestra renqueante maquinaria escolar. ■